

# Democracia, tendencias internas y partidos políticos de Venezuela

Steve Ellner

**Steve Ellner:** profesor titular de la Universidad de Oriente, Puerto La Cruz, Venezuela; autor de *El sindicalismo en Venezuela en el contexto democrático (1958-1994)*, Tropykos, Caracas.

**Nota:** este artículo es una versión revisada y ampliada de otro publicado en *Latin American Perspectives*; agradezco los comentarios críticos de Susan Berglund, Graciela Párraga y Ralph Van Roy y la ayuda financiera del Consejo de Investigación de la Universidad de Oriente.

**Palabras clave:** partidos, democracia interna, AD, COPEI, MAS, Causa R, Venezuela.

## Resumen:

**Habitualmente, el surgimiento de facciones en los partidos venezolanos se atribuye a rivalidades personales, en parte porque las posiciones doctrinarias de las tendencias y la lealtad de sus miembros en general han sido poco definidas y de corta duración. Pese a tales ambigüedades y cambios, los asuntos concretos, en particular los relacionados con el neoliberalismo y la democratización interna, polarizaron las tendencias condicionando la conducta de los partidos.**

En el pasado muchos analistas políticos, incluyendo a marxistas ortodoxos, dieron por sentado que quienes estaban a la vanguardia de los esfuerzos por lograr una auténtica democracia eran también los más comprometidos con el logro de cambios socioeconómicos populares y nacionalistas. En forma similar dieron por sentado que las tendencias «progresistas» de los partidos no izquierdistas eran las más propensas a insistir en la democratización de la maquinaria partidista, invariablemente ubicada a su derecha. De ese modo, para el marxismo tradicional la lucha por mayor democracia y por reformas socioeconómicas estaban inextricablemente unidas, si es que no eran idénticas.

En el siguiente artículo se examinarán esas premisas en el contexto de la crisis económica y política que ha caracterizado a Venezuela desde comienzos de los 80. El objeto es determinar cómo se refleja este ambiente crítico en la vida interna de los partidos políticos, y si las facciones que surgieron han llegado a consolidarse mediante la

presentación de un conjunto de posiciones coherentes. El artículo se propone someter a prueba la noción generalmente aceptada de que las tendencias internas de los partidos venezolanos carecen de posiciones bien definidas en cuestiones de fondo<sup>1</sup>. Se dedicará especial atención a dos asuntos que desencadenan la controversia interna: las reformas estatutarias destinadas a promover la democratización de los partidos políticos y las políticas neoliberales.

Los dos mayores partidos políticos de este período, Acción Democrática (AD) y el partido social cristiano Copei, se vieron sometidos a un intenso conflicto de facciones que a su vez obligó a ambas organizaciones a discutir sin demora la democratización interna. El surgimiento de tendencias atestiguó la intensidad de la crisis nacional: en primer lugar, porque ellas mantuvieron puntos de vista antagónicos sobre cómo debían enfrentarse los problemas críticos del país y, en segundo lugar, porque al agudizarse la crisis, el descontento y la presión de las bases partidistas exacerbaron el conflicto a nivel de la dirigencia.

Además de AD y Copei, este artículo analizará la vida interna del Movimiento al Socialismo (MAS) y de la Causa Radical (CR), partidos que surgieron como actores importantes en las elecciones de 1993. El quinto partido de importancia, el oficialista Convergencia, quedó excluido de este análisis debido a sus origen reciente.

### **Crisis y profundización democrática**

La revitalización de la democracia en América Latina desde comienzos de los 80, coincidió con la crisis económica más severa y prolongada que haya experimentado el continente desde los años 30. El nacionalismo económico, incluyendo la nacionalización de la industria básica y las restricciones a las inversiones foráneas, fomentado en los 70 por gobiernos de orientaciones ideológicas muy contrastantes (tales como Salvador Allende, Carlos Andrés Pérez, Luis Echeverría, Juan Velasco Alvarado y Emilio Médici), fue después desechado en favor de las fórmulas neoliberales. Algunos analistas políticos sostienen que los gobiernos militares, convencidos de que la caída en los niveles de vida condenaría a cualquier régimen a la censura general, decidieron ceder el poder a los civiles. Conforme al mismo planteo, las democracias surgidas en los 80 tenían opciones limitadas: entre otros inconvenientes, los insuficientes recursos e inversiones extranjeras obligaron a los gobiernos a llegar a acuerdos con el FMI y, en el plano político, a evitar ir más allá

---

<sup>1</sup> En varios de mis trabajos anteriores disiento con la tesis de que los conflictos faccionarios de AD después del cisma que dio origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1960, fueron motivados exclusivamente por disputas personalistas sin ningún contenido programático; v. Ellner: *El sindicalismo en Venezuela en el contexto democrático (1958-1994)*, Editorial Tropykos, Caracas, 1995, pp. 80-81, 130-136.

de una *democracia restringida*, por temor a que entraran en juego las fuerzas de la reacción<sup>2</sup>.

En Venezuela, el contraste entre la prosperidad y el intervencionismo estatal de los 70 y la recesión y el neoliberalismo posteriores fue quizá más marcado que en cualquier otro lugar del continente. Mientras el maná de los ingresos petroleros le permitió al primer gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974-1979) extender el control estatal a sectores básicos de la economía, la caída de ellos llevó a su segundo gobierno (1989-1993) a adoptar una forma «radical» de neoliberalismo, metafóricamente descrita como «tratamiento de choque». Las transformaciones en las condiciones económicas y políticas tuvieron una relación directa con la formulación de propuestas para mejorar, si no revolucionar, las estructuras políticas del sistema democrático.

El respaldo a una transformación radical del sistema político en favor de una mayor participación popular en la toma de decisiones abarcó todo el espectro político, así como lo hizo la resistencia a las reformas políticas implementadas. Ya para los 70, el MAS y otros partidos ubicados a la izquierda del espectro político abogaban por la descentralización, la reducción de la autoridad presidencial y una reforma electoral que incluyera la elección directa de los alcaldes y gobernadores. No obstante, la dirigencia política sólo comenzó a considerar seriamente estas y otras propuestas después que la Comisión para la Reforma del Estado (COPRE), creada por el presidente Jaime Lusinchi en 1984, las presentara en forma de anteproyecto para su aprobación por el Congreso Nacional. En el mejor de los casos, Lusinchi y otros miembros de la tendencia ortodoxa que controlaba la maquinaria de AD eran ambivalentes con respecto al cambio político. Durante la selección interna del candidato de AD para las elecciones presidenciales de 1988, el ortodoxo Octavio Lepage secundó a Lusinchi en su oposición a las elecciones para gobernador, y mostró una actitud tibia hacia otras reformas políticas auspiciadas por la COPRE, en agudo contraste con el otro precandidato, Carlos Andrés Pérez.

Al asumir la presidencia en 1989, Pérez escogió a Carlos Blanco, un intelectual-activista antiguamente de izquierda, para dirigir la COPRE. Durante su primer año de gobierno, Pérez firmó la principal ley que rige la descentralización (la Ley Orgánica de Descentralización, LOD), al igual que otra ley (la Ley del Sufragio) que modificaba el viejo sistema electoral, permitiendo que los votantes eligieran a candidatos individuales en lugar de votar por listas cerradas. Voceros del sector empresarial y otros

---

<sup>2</sup> Robert Kaufman: «Liberalization and Democratization in South America: Perspectives from the 1970s» en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.): *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986, pp. 85-107.

quienes defendían las políticas de Pérez, muchas veces concebían el neoliberalismo y la reforma política como partes del mismo modelo. Argumentaban que ambas estrategias apuntaban a fortalecer la democracia, porque restaban autoridad a las todopoderosas estructuras centralizadas. Las privatizaciones, por ejemplo, pondrían punto final a las prácticas clientelistas por las cuales los partidos políticos (particularmente AD) se alimentaban de las empresas del Estado. Otras políticas neoliberales como la desregulación y la reducción arancelaria, aunque a corto plazo favorecían a las industrias oligopólicas que simplemente se reconvertían en importadoras, a largo plazo reforzaban el capital no monopólico al estimular la competencia, y por consiguiente ayudaban a «democratizar» el sistema económico, tanto como lo hacían las reformas de la COPRE con el sistema político.

Los científicos sociales simpatizantes de Pérez caracterizaron las reformas económicas y políticas como «radicales» (de allí el título *Venezuela in the Wake of Radical Reforms*, basado en un seminario del Wilson Center)<sup>3</sup>. Los tecnócratas defendieron el «tratamiento de choque» y su brusca ruptura con el pasado como algo necesario e incluso inevitable dada la quiebra del modelo anterior y el colapso total de todos los mecanismos de control establecidos por el Estado intervencionista. En forma similar, algunos ex-izquierdistas y otros que recibieron estímulos o apoyo del gobierno de Pérez, tales como Blanco, Carlos Raúl Hernández (ex-dirigente del MAS convertido en senador electo por AD) y Elías Santana (coordinador ejecutivo de la Escuela de Vecinos), abrazaron las reformas políticas como una panacea para las calamidades de la nación: una descentralización de grandes proporciones, limitaciones del radio de acción de los partidos políticos y la eliminación total de la representación proporcional, fijada por la Constitución, en favor del sistema mayoritario relativo. Pérez y sus partidarios atribuyeron la turbulencia política que caracterizó su administración a lo radical de las transformaciones económicas y políticas impulsadas. En palabras de uno de sus ministros, «un cambio social en una escala tan audaz es, casi por definición, desarticulado, traumático y extremadamente difícil de manejar bien, si es que se puede manejar»<sup>4</sup>.

La reforma política de largo alcance no fue coto exclusivo de los neoliberales. La crisis económica agudizó el conflicto social, endureció las posiciones de partidos como el MAS y estimuló propuestas de nuevas formas de participación popular en la toma de decisiones. Desde la izquierda se defendían dos de las propuestas más controversiales, aunque también algunos no izquierdistas las apoyaban: la convocatoria a

---

<sup>3</sup> Joseph Tulchin (ed.): *Venezuela in the Wake of Radical Reform*, Lynne Rienner Publishers, Boulder.

<sup>4</sup> Moisés Naím: *Paper Tigers and Minotaurs: The Politics of Venezuela's Economic Reforms*, Carnegie Endowment, Washington, 1993, p. 56.

una Asamblea Constituyente y la aprobación de una reforma constitucional que estipulara un referéndum para decidir sobre la continuación de Pérez en el poder. Militares rebeldes encabezados por el teniente coronel Hugo Chávez, quien protagonizó un fallido golpe de Estado el 4 de febrero de 1992, al tiempo que criticaban el neoliberalismo de Pérez, se contaban entre los primeros en exigir una Asamblea Constituyente. Ese estandarte fue enarbolado después por los líderes de la CR, quienes sostenían que un cuerpo electo de esa naturaleza desplazaría el Congreso Nacional, el cual carecía de legitimidad como resultado de las acusaciones de fraude en las elecciones de gobernadores de 1992 y las parlamentarias de 1993.

Pérez no logró recuperar la iniciativa después del fracasado golpe de febrero y su popularidad decayó; el MAS y la CR respondieron a esas circunstancias insistiendo en el derecho de los venezolanos a revocar el mandato de sus funcionarios electos, incluyendo al presidente. Estos partidos esperaban canalizar y aprovechar el descontento popular que se manifestaba mediante disturbios y protestas callejeras. Los parlamentarios del MAS y la CR sostuvieron que cualquier discusión sobre la reforma constitucional tenía que estar vinculada a la necesidad de encontrar una solución a la crisis política en forma de un artículo que legalizara el referéndum revocatorio (al que Copei se oponía como disposición legal permanente).

Figuras prominentes como el fiscal general de la Nación, Ramón Escovar Salom, y Arturo Uslar Pietri, quien desde hacía tiempo condenaba la corrupción generalizada, dieron respaldo al movimiento para derribar a Pérez. Junto con figuras ubicadas en el centro político temían que las movilizaciones organizadas contra Pérez, solidarias con los militares rebeldes del 4 de febrero, pudieran aglutinarse en una peligrosa alianza que amenazara los intereses establecidos. Copei estaba de acuerdo con la propuesta de dejar en manos del electorado la decisión sobre la suerte de Pérez, aunque su preferencia por un proceso electoral alargado, que no comenzara de inmediato, estaba destinada en realidad a ganar tiempo y permitir que el presidente concluyera su mandato.

Después del ferviente entusiasmo que suscitaban inicialmente el cambio político radical y las privatizaciones a finales de los 80, comenzaron a oírse voces moderadas. El presidente Rafael Caldera (1994-1999) encarnó el enfoque pragmático que evitaba los extremos. En primer lugar, presidió la comisión bicameral a cargo de redactar las reformas constitucionales en 1992, y favoreció la preservación de la continuidad constitucional en lugar de la redacción de una Carta. Una vez electo presidente, Caldera tuvo éxito al proponer que el Congreso siguiera trabajando en ese anteproyecto en lugar de comenzar desde cero. Una evidencia adicional de su resistencia a una ruptura total con el pasado fue su oposición a la privatización indiscriminada (que sus rivales de AD y

Copei habían pedido durante la campaña electoral de 1993), y su insistencia en que se tomaran en cuenta consideraciones relacionadas con la seguridad nacional.

Finalmente, Caldera aseguró en algunos aspectos que el proceso de descentralización había ido demasiado lejos. Al asumir, Caldera revocó el reglamento de la LOD refrendado por Pérez, que en sustancia le concedía a los gobernadores el derecho de designar a los funcionarios de las oficinas ministeriales regionales. Caldera observó que ni siquiera en el sistema federal estadounidense los gobernadores poseían tales atributos y que la descentralización no podía servir como pretexto para extender las prácticas clientelistas en el ámbito estadual. Es importante observar que Caldera, considerado en general un presidente «progresista» y no un líder identificado con el centro político, intentó retrasar la descentralización y otras reformas. La posición «radical» de los sectores del centro y empresariales se explica fácilmente: durante los últimos diez años ellos han exaltado la forma extrema de ese modelo, que sirve como cortina de humo para justificar la privatización irrestricta, el abandono de ciertas medidas populares y las políticas neoliberales en general.

Las reformas políticas que tuvieron mayor resistencia, aun cuando no derivaron en una polémica pública notable, fueron las dirigidas a la democratización partidista. El proyecto de ley que la COPRE presentó al Congreso para reemplazar la Ley de Partidos Políticos, Reuniones Públicas y Manifestaciones, promulgada en 1964, contenía aspectos trascendentes como la rotación en los cargos directivos y la representación proporcional de las tendencias en todos los órganos internos de decisión. Pero ni siquiera la COPRE se atrevió a ir demasiado lejos al amenazar los intereses inveterados de las maquinarias partidistas. Lo que es aún más importante, la COPRE no llegó a exigir que los partidos celebraran elecciones primarias, y en lugar de eso aceptó que los candidatos y las autoridades partidistas se nombraran en convenciones, siempre y cuando los delegados fueran elegidos por las bases (COPRE, 1987: 175-76). Por añadidura, el proyecto requería que los partidos presentaran ante la Comisión Electoral Estatal la información sobre las contribuciones financieras, aun cuando los principales interlocutores de la sociedad civil insistían en que esa información debía ser divulgada al público. A diferencia de las leyes que rigen la reforma electoral, la descentralización y la reorganización municipal, la legislación sobre los partidos políticos se ha pospuesto indefinidamente en el Congreso, a pesar del respaldo de los miembros de la tendencia «renovadora» de AD (los seguidores de Carlos Andrés Pérez).

El desolado historial de AD y Copei en elecciones primarias, y las dificultades que enfrentó el MAS cuando las puso en práctica (pese al compromiso retórico de estos partidos con el sistema) muestran adicionalmente los formidables retos que enfrentan los defensores de la

reforma partidista, y la gran brecha entre las intenciones declaradas y la práctica real.

**La reforma de los partidos políticos** . Tres asuntos ocuparon el primer plano del debate sobre la democratización interna en AD, Copei y el MAS. Las posiciones de las tendencias fueron más bien un reflejo de situaciones particulares, es decir, si la fracción controlaba la dirección (o la «maquinaria») o estaba «fuera». La discusión de esos problemas y las experiencias partidistas pueden sintetizarse como sigue:

**La legitimación de las tendencias internas** . A finales de los 70, el MAS fue el pionero en la «legalización» de las tendencias y su representación en la toma de decisiones. Ello representaba una reacción contra las prácticas monolíticas de los partidos tradicionales. Quienes se oponían a la representación proporcional de las minorías afirmaban que su presencia en órganos deliberantes y ejecutivos obstruiría el trabajo diario de la organización y generaría debates innecesarios, pérdida de tiempo e ineficiencia. También argumentaban que el sistema no estaba en sintonía con el interés generalizado en favor de la eliminación de las listas partidistas, cerradas con el fin de promover una relación más directa entre representantes y electorado. Como una alternativa, pedían que cada candidato fuera electo individualmente por los votantes y que se eliminaran las planchas. Ese método fortalecería el partido al garantizar que los líderes se eligieran tomando en cuenta el mérito personal y no su identificación con una tendencia determinada.

**Elecciones primarias de autoridades y candidatos.** Las jefaturas de AD y Copei retrasaron continuamente la puesta en práctica de este sistema alegando situación de emergencia. También se reservaron el derecho de escoger ciertos candidatos alegando que, para el éxito electoral y el beneficio a largo plazo del partido, la lista debía incluir tres tipos de candidatos no siempre populares entre las bases: independientes, individuos con especiales credenciales técnicas o académicas, y políticos cuya postulación se había concertado de antemano en alianza interpartidaria. Las experiencias de AD (particularmente en las presidenciales de 1968, pero también de 1978) y del MAS (en las de 1978 y más recientemente a nivel estadual) demostraron que el proceso de selección de candidatos por las bases frecuentemente derivaba en un grave conflicto entre tendencias, seguido de rencores crecientes. En consecuencia, se otorgó la mayor importancia a alcanzar un consenso con el fin de adelantarse y obviar las elecciones primarias. Esta meta se delineó claramente en los estatutos del MAS y Copei, que eliminan las elecciones internas cuando dos tercios del comité nacional o seccional apoyen a determinado candidato.

**La descentralización partidaria.** En años recientes los tres partidos modificaron sus estatutos para aumentar el poder de decisión de sus

seccionales locales y estatales. Por otra parte, varios líderes políticos durante las campañas electorales internas hicieron hincapié en la descentralización (por ejemplo, Didalco Bolívar, quien aspiró al cargo de subsecretario general del MAS en 1990 y Donald Ramírez, quien fue electo secretario general de Copei en 1994). Se propuso que los cargos electos de nivel bajo (por ejemplo secretario general municipal) debían ser miembros natos de los comités ejecutivos de nivel inmediatamente superior y desplazar a los que debían sus cargos a la maquinaria del partido. El proceso de descentralización llegó más lejos en el MAS, cuya dirección nacional se opuso a ciertas candidaturas y mandatos de gobernador que presuntamente desacreditaban al partido, pero no fue capaz de imponer esa línea a nivel de los estados.

**Acción Democrática.** Sería simplista clasificar las tendencias «ortodoxa» y «perecista» (o «renovadora»), surgidas en AD después del triunfo de Pérez en 1973, como ala «izquierda» o «derecha». La conducta de los ortodoxos dentro del partido no estaba determinada por consideraciones ideológicas, sino por su rango de tendencia dominante, mientras que los perecistas reaccionaban vigorosamente contra las prácticas antidemocráticas de la maquinaria del partido. Sin embargo, algunos observadores políticos han llegado al extremo de decir que el conflicto de tendencias en AD desde 1973 ha carecido por completo de un contexto programático –por no hablar de uno ideológico– y que ha sido exclusivamente el resultado de rivalidades personales<sup>5</sup>. Esta afirmación pasa por alto las diferentes posturas tomadas por ambas tendencias, bien que muchas veces en forma tímida o vacilante.

Los perecistas defendieron las políticas de Pérez, de tinte nacionalista y tercermundista durante los 70, y de carácter neoliberal en su segundo mandato. La dirigencia ortodoxa se opuso al neoliberalismo de Pérez en diversos grados. Las diferencias programáticas dentro de AD también salieron a relucir durante la campaña electoral de 1993 y al comienzo del gobierno de Caldera. El candidato presidencial adeco, el perecista Claudio Fermín, rechazó la plataforma ideada por el anti-perecista Humberto Celli y su lugar adoptó otra que incluía el redimensionamiento del sistema de indemnizaciones por cesantía, la privatización del polo industrial de Guayana e incluso la venta de acciones de la petrolera estatal PDVSA, una propuesta que los ortodoxos objetaron enérgicamente en privado.

Al principio, la política de AD hacia el gobierno de Caldera fue la de esperar y ver; mientras tanto el ala perecista insistía en que el partido endureciera su posición, particularmente en contra de las políticas de control de cambio y de precios, que para ellos olían a intervencionismo

---

<sup>5</sup> Michael Coppedge: *Strong Parties and Lame Ducks: Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*, Stanford University Press, Stanford, 1994, pp. 44-45.



estatal. Posteriormente, AD le ofreció su respaldo extraoficial a Caldera. En gran parte, la política de AD hacia el gobierno obedecía a objetivos pragmáticos, a saber: proteger los empleos de los militantes adecos en la administración pública y ganar tiempo mientras el partido se recuperaba de la ignominia de la destitución presidencial de uno de sus líderes históricos. Con todo, tenía más sentido que AD, con su larga tradición de defensa del intervencionismo estatal y su importante contingente de trabajadores organizados, apoyara al antineoliberal Caldera, a que lo hiciera Copei.

Los perecistas demandaron que AD celebrara elecciones primarias para la elección de candidatos y autoridades partidarias, e insistieron en que el mandato de estas últimas debía limitarse a dos años. Los ortodoxos apoyaban retóricamente la propuesta, pero daban marcha atrás antes de poner en práctica el sistema. Un claro ejemplo lo constituyeron las elecciones estatales y municipales de 1992, para las cuales AD realizó encuestas con el fin de determinar la popularidad de los distintos aspirantes en lugar de realizar elecciones primarias; sin embargo en muchos casos tales sondeos no fueron imparciales. Para las elecciones nacionales de 1993, un tercio de los candidatos a diputados de AD fue seleccionado por la dirección nacional del partido; las direcciones estatales eligieron en el mismo porcentaje las asambleas legislativas de los estados correspondientes. En la práctica, los primeros puestos en las planchas del partido y en los circuitos electorales donde AD tenía mayores posibilidades de éxito, se reservaron para los candidatos designados por la dirección. Los perecistas se quejaron de que después de trabajar para ganarse el apoyo de las bases en un distrito dado, la maquinaria del partido digitaba al candidato de su preferencia días antes de la fecha límite para la inscripción oficial.

La dirección de AD aceptó primarias para la elección del candidato presidencial, en gran parte porque Copei ya se había sometido al procedimiento. La elección interna concluyó con la victoria aplastante de Claudio Fermín sobre el ortodoxo Carmelo Lauría (previamente identificado con sectores financieros). Para las elecciones municipales y estatales de 1995, AD volvió a recurrir al método de las encuestas organizadas por el partido.

La tendencia dominante de AD, al igual que la de Copei (pero no la del MAS), se opuso a la celebración de primarias para la escogencia de las autoridades del partido. De acuerdo con un líder nacional «las bases deben elegir a nuestros candidatos, pues las elecciones internas son la mejor forma de medir el carisma y el arrastre popular que son ingredientes esenciales para ganar; pero esas mismas cualidades no son las que hacen falta para dirigir el partido, sino más bien la eficiencia y la agudeza política, que no siempre son valoradas por la militancia en general». Ese mismo líder prosiguió argumentando que si las bases eligen al secretario

general eso crearía una distancia entre éste y los otros miembros del comité ejecutivo nacional, y de esa forma se obstaculizaría el desarrollo de una relación de equipo<sup>6</sup>.

Los avances en la democracia interna y la participación de las minorías en AD fueron completamente detenidas en el proceso interno de abril de 1996, cuando la elección de los miembros del Comité Ejecutivo Nacional (CEN), incluyendo secretario general y al presidente partidario. Los delegados del «Colegio Electoral Nacional» que nombraron a tales autoridades, se reunieron en sus respectivos estados en lugar de hacerlo en la capital, supuestamente en el marco de la descentralización y con el fin adicional de eliminar los gastos de traslados. Los renovadores señalaron que el partido, como la organización política más grande e influyente del país, y con acceso al poder a todos los niveles, poseía recursos suficientes para sufragar tales gastos. Según ellos, el verdadero motivo de este sistema de elección estaba en el deseo de evitar el contacto informal entre los delegados de diferentes regiones, que habría podido conducir al aglutinamiento de un bloque que cuestionara la maquinaria partidista. Protestaron también la votación a mano alzada, en violación a los reglamentos del partido. El resultado del proceso sería la ratificación del mismo equipo que condujo el partido hasta ese momento, encabezado por el secretario general Luis Alfaro Uceró.

La exclusión completa de los renovadores en la toma de decisiones e, inclusive, la expulsión partidaria de muchos de ellos, se interpretó como un preludio de la de Claudio Fermín, pieza que la ortodoxia quería cobrarse cuanto antes con el fin de cerrarle el paso a sus aspiraciones a la nominación presidencial en 1998. Algunos renovadores parecen resignarse a la necesidad de fundar un nuevo partido. Sin embargo se sentían seguros de que, a diferencia de la expulsión de Pérez cuya imagen pública estaba tan deteriorada, la mayor parte de la base de AD repudiaría la expulsión del carismático Fermín.

**Copei.** El sistema de «primarias abiertas» que puso en práctica Copei para la nominación de su candidato presidencial en abril de 1993 fue una innovación importante en la democracia partidista interna y creó grandes expectativas. Todos los venezolanos, no solamente los militantes de Copei, tuvieron derecho a votar en estos comicios supervisados por el Consejo Supremo Electoral. El secretario general copeyano, Eduardo Fernández, respondió con esta estrategia a una serie de circunstancias particulares que estaba encarando su partido. Fernández esperaba atraer al ex-presidente Caldera para que participara en la contienda interna, en lugar de lanzarse como candidato presidencial independiente. Hasta entonces, Caldera se había negado a competir dentro de Copei por

---

<sup>6</sup> Entrevista a Francisco Rosales (jefe nacional de sistematización electoral de AD), 14/6/94, Barcelona.

considerar que el proceso de escogencia favorecería a Fernández, quien contaba con el sólido respaldo de la maquinaria del partido. En el sistema de primarias abiertas, la capacidad de la maquinaria para obtener los votos de los miembros del partido se equilibraba con la participación de los no copeyanos, quienes estaban mayormente fuera de su alcance. Este procedimiento de selección más amplio favorecía a Caldera, quien de acuerdo con las encuestas nacionales iba en la delantera en la carrera presidencial. Evidentemente, Fernández confiaba en que sus mayores recursos y el limitado número de no copeyanos participantes le asegurarían el triunfo. Sin embargo, la propuesta tuvo un efecto contraproducente para Fernández. Caldera rechazó la oferta, pero su protegido, Oswaldo Alvarez Paz, gobernador del estado Zulia, aceptó el reto y derrotó de manera aplastante al primero.

Quienes defendían las primarias abiertas consideraban que eran más democráticas y acordes con el sentir nacional, que condenaba el poder y la manipulación de las cúpulas centralizadas de los partidos políticos. Tales elecciones se veían como un correctivo al control de la maquinaria del partido sobre las listas electorales y su práctica de excluir los nombres de los que apoyaban tendencias disidentes. El nuevo sistema no sólo sedujo a los copeyanos: los masistas, quienes se enorgullecían de ser pioneros en democracia interna, lo adoptaron para la nominación de sus candidatos parlamentarios en 1993; sin embargo sólo lo pusieron en práctica en el estado Aragua, en contiendas internas que resultaron de cuestionable legitimidad.

En 1994, dirigentes masistas y copeyanos expresaron sus recelos frente a las primarias abiertas, aunque el método fue ratificado en la convención nacional del MAS del mismo año. Según sus críticos, las primarias abiertas negaban el concepto de los partidos políticos en tanto organizaciones cohesionantes, cuya militancia es la fuente de la toma de decisiones. Algunos de ellos señalaron que el sistema facilitaba la penetración del partido por poderosos intereses económicos, pues el dinero era más importante que la organización para determinar el resultado del proceso. De hecho, muchos atribuyeron el triunfo de Alvarez Paz en las primarias abiertas copeyanas al respaldo de partidarios acaudalados reunidos en el Movimiento 25 de Abril –una estructura paralela, externa a Copei.

Las primarias abiertas de 1993 fueron la primera experiencia importante de Copei con elecciones directas. En palabras de Donald Ramírez, secretario general de Copei desde 1994: «saltamos del sistema tradicional de nominación en las convenciones nacionales a las primarias abiertas, que se diseñaron como una estratagema para refrenar a Caldera, pero que no reflejaron realmente la convicción de nuestra dirigencia de que el sistema era más democrático que aquel en que únicamente las bases

eligen a los candidatos»<sup>7</sup>. Los estatutos de Copei exigen elecciones directas, pero contienen varias vías de escape. En 1992 sólo se celebraron elecciones internas en unos pocos estados, principalmente donde el candidato evidente era simpatizante de Caldera que de esa forma se veía forzado a competir por la nominación. A pesar de que Ramírez y otros se opusieron, el comité nacional del partido desistió por completo de celebrar elecciones internas para los cargos parlamentarios en 1993.

**El Movimiento al Socialismo.** Uno de los logros organizativos pioneros del MAS fue su descentralización de la toma de decisiones y el fomento del liderazgo regional. La campaña electoral «bicéntrica» de 1988 constituyó un hito, allí las oportunidades para proyectar al candidato presidencial del partido, Teodoro Petkoff, se usaron en buena parte para promover a los aspirantes al Congreso. La estrategia dio frutos en posteriores elecciones de gobernadores (1989 y 1992), cuando candidatos del MAS ganaron (o adujeron haber ganado) en 7 de los 22 estados, en agudo contraste con el voto histórico del partido que nunca había superado el 10%.

Precisamente, como una reacción contra los rasgos extremos de la descentralización administrativa iniciada después de la elección de Caldera, muchos masistas comenzaron a expresar su temor respecto a que la descentralización del partido hubiera ido demasiado lejos. Moisés Moleiro (ex-secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) fusionado con el MAS en 1988), junto con otros líderes fue el más ferviente crítico del comité ejecutivo del MAS, por no haber ejercido el suficiente control sobre las organizaciones del partido a nivel estadual, particularmente allí donde presuntamente se había arraigado el oportunismo e incluso la corrupción. Moleiro señaló específicamente a Carlos Tablante, el polémico gobernador del estado Aragua, plaza fuerte del MAS. En reuniones del partido en todo el país, Moleiro atacó a la dirigencia de Aragua por llegar a acuerdos con miembros prominentes de grupos poderosos como parte de un enfoque amplio, no sectario (conocido como «la Fuerza de Aragua»), pero que sacrificaba los intereses populares y conducía a sospechosas componendas que buscaban el beneficio personal. La falta de consistencia del MAS se verificaba en sus alianzas estadales con Copei o con AD; en un estado se diseñaron pactos con ambos partidos simultáneamente, en municipalidades diferentes.

Moleiro y su fracción adujeron también que el hecho de que la falta de intervención de la dirección nacional del MAS en los ámbitos estadales señalaba su «impotencia» y la «federalización del partido». Quienes como Moleiro criticaban al MAS desde la izquierda, ponían de relieve el error del

---

<sup>7</sup> Entrevista a Donald Ramírez, 22/6/94, Barcelona.

4 de febrero de 1992, cuando el MAS respaldó a Pérez sin antes dilucidar las causas del golpe ni sus objetivos. Aunque el partido rectificó luego su postura hasta pedir la renuncia de Pérez, Moleiro subrayó que el partido «mostró pocas señales de presentar una firme oposición al gobierno»<sup>8</sup>.

En ciertos aspectos Moleiro exageró sus acusaciones. El MAS, lejos de hacer alianzas con Copei y AD al azar, siguió una política previamente acordada, dirigida a aislar a AD en varios estados donde la integridad moral de su candidato estuviera cuestionada. Además, al criticar su «blandura», Moleiro pasaba por alto el deslizamiento del MAS hacia la izquierda durante la última década (alejándose del anti-comunismo), y su oposición al modelo neoliberal adoptado por Pérez.

A la vez, Moleiro captó correctamente las inconsistencias del MAS, producto de las diferencias de un estado a otro en cuanto a estilo, estrategia y posiciones. En Aragua, por ejemplo, el partido trabajó en estrecha relación con representantes de la elite económica (y hasta designó a un miembro de la poderosa familia Capriles como secretario general de la gobernación); en otros cinco estados el MAS apoyó a gobernadores pro-copeyanos; y en otros (como Sucre y Lara) sus candidatos adoptaron posiciones radicales y se enfrentaron agresivamente a la atrincherada jefatura de AD. Moleiro también percibió correctamente la incapacidad de la dirección nacional partidaria para ejecutar decisiones a nivel de los estados. Los líderes nacionales del MAS no pudieron bloquear la inclusión de un Capriles en la lista de parlamentarios por Aragua en 1993. Tampoco tuvieron éxito al intentar convencer a las seccionales del partido de salirse de las gobernaciones pro-copeyanas de cuatro estados durante la campaña electoral de 1993, cuando Copei y el MAS apoyaron a candidatos presidenciales diferentes. De hecho, la crítica de Moleiro a la participación del MAS en gobernaciones pro-copeyanas se vio confirmada por los resultados electorales generalmente escuálidos que obtuvo el MAS en esos estados en 1993. Aunque en la campaña electoral de 1995 el MAS siguió la política de aliarse con la también oficialista Convergencia, en varios estados (como Aragua, Sucre y Anzoátegui) la dirigencia regional optó por llegar a acuerdos con Copei.

En las elecciones internas para escoger autoridades del partido en julio de 1994, Tablante encabezó un movimiento que se opuso firmemente a los puntos de vista de Moleiro. De acuerdo con Tablante, masistas como él, que habían probado su capacidad en elecciones y luchas políticas en sus respectivas localidades y estados, debían predominar en la dirección del

---

<sup>8</sup> Moisés Moleiro, Rafael Thielen, Jorge Valero, et al.: *El MAS: ¿un proyecto político para el cambio o la conservación?*, Editorial Tropykos, Caracas, pp. 120, 133.

partido<sup>9</sup>. El grupo de Tablante apoyó a Enrique Ochoa Antich en su exitoso esfuerzo por conseguir la secretaría general del partido. Además de distinguirse como activista en movimientos sociales pro defensa de los derechos humanos y la seguridad social a los ancianos, Ochoa Antich fue el único candidato que derrotó a la Causa R en los distritos parlamentarios de Caracas en las elecciones de 1993. Ochoa Antich atribuyó su éxito electoral a su activismo social y a su participación en movimientos dedicados a un objetivo específico, a diferencia de la obsesión de muchos de los miembros más antiguos, quienes eran fundadores del partido, con las formulaciones ideológicas.

**La Causa R** . Esta agrupación definió la democracia interna en términos completamente diferentes de las formulaciones organizacionales de AD, Copei y el MAS. En buena parte, el éxito de la CR al pasar de partido minúsculo y regional a contendiente principal en las elecciones presidenciales de 1993, se debió a su retórica antipartidista, que tocó una fibra sensible en gran número de electores venezolanos decepcionados. Los líderes de la CR veían su organización como un movimiento y no como un partido político, y como tal abrieron sus reuniones al público en general y se abstuvieron de elaborar lista de miembros. El proceso de toma de decisiones de la CR recuerda la «democracia consensual» practicada por la Nueva Izquierda en EEUU durante los 60. Los miembros de la CR manifestaban una fe casi mística en el poder de persuasión de incontables horas de debate fraternal, que permitían la aceptación de los argumentos más convincentes por abrumadora mayoría. Sin embargo, no siempre se lograba el consenso, en cuyo caso los causaeristas de una localidad dada solicitaban la intervención de la dirigencia estatal o nacional (algunas veces llamada peyorativamente «el cogollo»). No se establecieron criterios sobre los puntos en que debía apelarse al cogollo.

Por varias razones, la CR comenzó a discutir formas de modificar su holgado sistema organizativo. En primer lugar, la democracia consensual funcionaba mejor en grupos pequeños, pero con el crecimiento del partido en estados tales como Bolívar, Aragua, Carabobo, Anzoátegui y en la región capital, el sistema parecía cada vez más inmanejable. La selección de candidatos a gobernador y otros cargos resultó un proceso particularmente conflictivo, que muchas veces dejó cicatrices difíciles de borrar. Sin embargo, los causaeristas rehusaron considerar la posibilidad de poner en práctica un sistema de elecciones internas (como las primarias) por miedo a que condujera a la cristalización de tendencias internas. En segundo lugar, un alto número de diputados estatales de la CR rompió con el partido y en el proceso privó la fracción causaerista del voto decisivo en varias asambleas legislativas. La mayoría de esos diputados habían ingresado a la CR sin que el partido hiciera mucho

---

<sup>9</sup> Carlos Tablante: Agenda libre para la discusión sobre el Nuevo MAS, Maracay, 1994, pp. 23-24.

esfuerzo por asegurar que habían asimilado los principios del partido. En tercer lugar, muchos dirigentes de la CR comenzaron a considerar la práctica de «ir solos» a las elecciones, una política que concordaba con sus agresivos ataques a otros partidos, incluyendo a los ubicados hacia la izquierda como el MAS. La CR acusó a AD de cometer fraude en las elecciones para gobernadores de 1995 en los estados Bolívar, Guárico y Anzoátegui, donde afirmaba haber ganado. Esa experiencia llevó a algunos dirigentes de la CR a plantear una alianza interpartidista con el fin de aislar a AD. De hecho, la CR pactó con Copei y el MAS para la elección de las directivas de las cámaras nacionales, con el objetivo de promover legislación sobre democracia sindical, el poder judicial y el sistema de sufragio. Tal estrategia requería un mayor grado de disciplina partidista y una estructura más cerrada, pues de otra forma las seccionales locales se resistirían a las órdenes de la dirección nacional de respaldar a antiguos rivales en sus respectivos estados. Además, se necesitaba organización y disciplina para defender los votos del partido en las mesas electorales. Alexis Rosas, candidato a gobernador de Anzoátegui por la CR, observó que en los centros electorales donde el partido contó con profesionales y miembros disciplinados, la incidencia de fraude fue prácticamente inexistente.

Como resultado de tales circunstancias, dirigentes conocidos reunidos en el «Grupo de Bolívar» (procedentes de ese estado, baluarte del partido) encabezado por el líder histórico Lucas Matteus, llegaron a la conclusión de que la CR debía diferenciar mejor el «movimiento» del «partido». Pensaron en un partido de cuadros, como de hecho lo fue la CR en sus primeros años. Algunos militantes empezaron a hablar de la necesidad de elaborar estatutos, al igual que un registro de afiliados, aunque estos planteos no fueron formalmente propuestos. Privó el argumento que ambas formulaciones inhibirían el intercambio espontáneo entre los miembros. El Grupo de Bolívar negaba estar sucumbiendo al pragmatismo: no sólo seguían viendo su partido como inextricablemente unido al movimiento popular, sino que continuaban apoyando la discusión abierta antes que los mecanismos formalmente establecidos, como vehículo principal para tomar decisiones.

La segunda tendencia en la CR, dirigida por el secretario general (hasta 1996) Pablo Medina, defendía la estructura rudimentaria del partido destinada a atraer grandes masas a sus filas. Los miembros de esta corriente acusaron al Grupo de Bolívar de pretender imponer prácticas rígidas y un estilo derivado de sus experiencias exitosas en Bolívar, no necesariamente aplicables al resto del país.

## **Conclusiones**

Habitualmente el surgimiento de facciones en AD, Copei y el MAS se atribuye exclusivamente a rivalidades personales, sin duda porque las

posiciones doctrinarias de las tendencias internas y la lealtad de sus miembros han sido en su mayor parte poco definidas y de corta duración. Por ejemplo, en los 80 la corriente perezista de AD se identificó con el nacionalismo económico y la lucha anticorrupción. Así fue hasta la segunda presidencia de Pérez, caracterizada por la opinión general por los negocios sucios y favorable a poderosos intereses extranjeros. Por su parte en Copei, muchos de quienes se quedaron en el partido después de la salida de Caldera juraban que las diferencias ideológicas del ex-presidente con Eduardo Fernández eran artificiales, y que el conflicto entre ambos en realidad tenía la forma de un choque entre un líder paternalista y un hijo rebelde. En el caso del MAS, la alianza de Ochoa Antich y Tablante parecía improbable a pesar de sus preocupaciones regionales comunes: el primero estaba inmerso en luchas sociales y tenía un discurso inequívocamente izquierdista, mientras el último mantenía estrechas relaciones con grupos poderosos del estado en donde era gobernador.

A pesar de tales ambigüedades y cambios, los asuntos concretos, en particular los relacionados con el neoliberalismo, polarizaban las tendencias, condicionando así la conducta de los partidos. Por ejemplo, los ortodoxos dirigentes de AD le brindaron a Caldera un apoyo político muy necesario durante su primer año de gobierno, en lugar de aliarse con el neoliberal Copei, rompiendo así la tradición de solidaridad entre los dos partidos del establishment. El neoliberalismo fue igualmente importante para explicar las luchas internas en Copei. Aunque originalmente Caldera no planteó asuntos económicos en su contienda con Eduardo Fernández en los 80, junto con muchos de sus seguidores tenía opiniones doctrinarias diametralmente opuestas a las de la maquinaria del partido para el momento en que se separó de Copei en 1993. En el caso del MAS, las tendencias organizadas a nivel nacional, que tenían sus nombres propios e incluso publicaban periódicos, desaparecieron a finales de los 80. Aunque no se volvieron a consolidar corrientes internas de opinión, en 1994 los diversos candidatos a secretario general y presidente del partido defendieron modelos diferentes con respecto a la estructura interna y a diversos asuntos.

El respaldo y la oposición a las propuestas específicas para profundizar la democracia en Venezuela no pueden reducirse a una mera dicotomía entre «bueno o malo» (tampoco entre «izquierda o derecha»). En este artículo se han ofrecido dos explicaciones. En primer lugar, los círculos conservadores o pro-empresariales han estado entre los más fervientes defensores de una reforma política «radical», mientras que los sectores «progresistas» muchas veces adoptaron un enfoque más cauteloso. En segundo lugar, ciertas propuestas en favor de la descentralización y la democratización de los partidos políticos no han sido bien ponderadas y podrían crear desorganización, en perjuicio de las bases o de la población en general.



Ni en AD ni en Copei hubo una correlación sencilla entre las posiciones conservadoras sobre políticas económicas y otros asuntos, por un lado, y la oposición a las reformas partidistas internas, por otro. De hecho, las tendencias lideradas por Carlos Andrés Pérez y Eduardo Fernández defendían el neoliberalismo, pero presentaron iniciativas importantes en favor de una democratización de sus partidos. En contraste, los ortodoxos antineoliberales de AD obstaculizaron la reforma del partido, y Caldera y sus seguidores, igualmente contrarios al neoliberalismo, no presionaron por primarias para elegir al candidato de Copei a las elecciones presidenciales de 1993. Finalmente, tanto Ochoa Antich como Moleiro abogaron por políticas izquierdistas (y se opusieron a las alianzas con AD y Copei), pero mientras el primero proponía la democratización del partido mediante una mayor descentralización, Moleiro estuvo a favor de una estructura centralizada de corte tradicional.

La reforma política a fondo es sin duda un proceso complicado, y desafía las soluciones fáciles o los planes maestros en favor de la democratización. En Venezuela quienes respaldan ese modelo en su forma más radical –que incluye el sistema electoral uninominal, una profunda privatización y una descentralización de largo alcance– ocupan diferentes posiciones en el espectro político, pero por lo general se ubican hacia la derecha. De hecho, miembros de la tendencia neoliberal de AD, asociada con Pérez, fueron más inquebrantables en su respaldo al cambio estructural democrático que los ortodoxos. Muchas veces detrás de la bandera del cambio «radical» y de mayor democracia se ocultan políticas que favorecen a poderosos intereses económicos.

Sin embargo, no todos los que en Venezuela y en otras partes del mundo se han sentido atraídos por los modelos extremos de reforma estatal y reestructuración radical de la sociedad civil defienden el actual orden social. Los acontecimientos en Europa oriental y otros acontecimientos de los 80 sacudieron a muchos de los adherentes a una perspectiva socialista, llevándolos a reformular sus nociones utópicas descartando las formas tradicionales de representación, en favor de una participación directa. En esos términos, algunos intelectuales y activistas favorables a la izquierda vieron ciertos movimientos sociales de formación reciente como radicalmente nuevos y paradigmáticamente atractivos.

Con todo, más recientemente una reacción entre izquierdistas y no izquierdistas por igual está poniendo en tela de juicio esos modelos políticos radicales y la denigración de los partidos políticos y otras estructuras centralizadas. Los académicos, por ejemplo, ya no idealizan la autonomía absoluta de los movimientos sociales partiendo de que representa una clara ruptura con el pasado, sino que más bien destacan sus vínculos persistentes con instituciones políticas centralizadas,

incluyendo los partidos políticos<sup>10</sup>. El presidente Rafael Caldera, con el respaldo de partidos progresistas, puso freno a una descentralización desbocada y mal definida, a fin de evitar las consecuencias de ese proceso que incluye el caos administrativo y la intensificación de las desigualdades.

Finalmente, los últimos procesos electorales ponen en tela de juicio la conveniencia de descartar el sistema de representación proporcional, como lo propone la dirección nacional del movimiento vecinal. Las elecciones realizadas por circuitos uninominales desde 1992 no alcanzaron el objetivo de impulsar independientes y grupos electorales locales a los cargos públicos, pero sí incrementaron la tasa de abstención. Esas experiencias en las votaciones convencieron a muchos de que la reforma electoral en su forma extrema (conocida como uninominal pura), tal como se practica en EEUU, no es una panacea o un correctivo para la pérdida de respaldo a la democracia.

La democratización de los partidos políticos debe analizarse en el marco de esas tendencias a alejarse de la reforma política radical. A finales de los 70 y principios de los 80 los masistas eran los pioneros en el ámbito de la democracia partidista, incluyendo elecciones primarias y legalización de las tendencias. Al mismo tiempo, la CR glorificaba un modelo organizativo diferente basado en la democracia consensual, la cual debía lograrse por medio de discusiones sin límite de tiempo tanto en reuniones del partido como en asambleas sindicales. Sin embargo, más recientemente se están examinando con considerable atención los peligros de esas y otras prácticas de gran alcance. Por ejemplo, las primarias abiertas crearon grandes expectativas cuando las realizó Copei en primer lugar y las copió el MAS después, pero ahora están muy cuestionadas. Cuando los que aspiran a la candidatura dirigen sus energías más allá del partido por lo general no clarifican las posiciones doctrinarias, y de esa forma privan a la organización de una oportunidad de definir y actualizar su ideología. Este objetivo es especialmente importante en el actual periodo, caracterizado por la imprecisión ideológica. La descentralización absoluta del partido también ha recibido sus ataques. Moisés Moleiro, entre otros, llamó la atención sobre las contradicciones internas del MAS y sobre la falta de autoridad de su dirección nacional a causa de la estructura «federal» de la agrupación. En forma similar, el «asambleísmo» que practica la CR no es tan atrayente y democrático como parece a primera vista, dado que carece de mecanismos definidos de toma de decisiones. Cuando no se vislumbra un

---

<sup>10</sup> Joe y Ann Forewaker (eds.): *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Lynne Rienner Publishers, Boulder Colorado, 1990; S. Ellner: «Two Conceptual Approaches to Latin American Social Movements» en *Studies in Comparative International Development*, otoño de 1994.

entendimiento en las disputas internas, se impone una «solución política», lo cual en realidad significa que la dirección centralizada decide el asunto.

Los simples programas de acción o modelos radicales no serán suficientes por sí mismos para alcanzar una verdadera democracia interna. Por ejemplo, que los partidos tengan una vida interna saludable depende de la existencia de posiciones ideológicas claramente definidas, lo cual requiere una prensa crítica, publicaciones de rigor y otros factores cuya existencia no puede decretarse. En su muy celebrado libro *La utopía desarmada*, Jorge Castañeda advirtió contra una perspectiva demasiado simplista que iguala la democracia interna con el eterno debate: lo que él llamó «el culto a la democracia interna», donde todas las cuestiones del partido, incluyendo las insignificantes, se someten a votación. Castañeda concluye que las reformas internas, como las reformas políticas en general, tienen sus pro y contra, y por lo tanto requieren un enfoque pragmático que armonice cuidadosamente con los puntos sensibles de la dinámica organizacional<sup>11</sup>.

Las propuestas extremas en cuanto a la organización partidista muchas veces son desatinadas y falaces; las ventajas de cada cambio tienen que sopesarse cuidadosamente, tomando en cuenta los riesgos de conflicto interno que arrojaría el partido a la confusión y llevaría a la consolidación de una dirección manipuladora y centralizada. Esos peligros son inherentes a propuestas tales como primarias abiertas, descentralización extrema de la toma de decisiones, eliminación de todas las restricciones a la actividad faccionaria, eliminación virtual de la facultad de los tribunales disciplinarios para expulsar a los miembros del partido, representación proporcional de las tendencias en el comité ejecutivo del partido a cargo de las actividades cotidianas.

La reforma de los partidos, como la reforma política en general, no es un juego de suma cero que caracteriza a la economía, donde lo que beneficia a los sectores populares afecta las ganancias de poderosos grupos empresariales y viceversa. En el caso de los partidos políticos, simplemente porque una reforma interna determinada socave la burocracia de la organización o la camarilla dominante no significa que facilitará la participación eficaz de las bases. En síntesis, la viabilidad y factibilidad son elementos esenciales en el debate sobre la organización del partido, y sólo tomando en cuenta esos criterios se pueden garantizar los intereses de las bases.

---

<sup>11</sup> Castañeda señala que las reformas políticas específicas, como nuevos sistemas electorales y descentralización, tienen sus ventajas y desventajas. Sin embargo apremia a la izquierda a liderar el movimiento en su favor, ya que de otra manera nunca van a materializarse; J. Castañeda: *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, cap.12, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994.